

Inspectoría Salesiana "María Auxiliadora"
S E V I L L A



Sevilla, 31 de marzo de 1981

Queridos hermanos en D. Bosco: Apenas transcurridos tres meses de marcha a la Casa del Padre del Sacerdote D. Francisco Gamarro Cabrera, de nuevo os comunicamos nuestro dolor y esperanza cristianos por el paso a mejor vida del también Sacerdote

D. Antonio Vega Gómez

Su paso al más allá ha sido silencioso, propio del siervo bueno y fiel evangélico, que calladamente ha llenado con acierto sus jornadas de vida a través de un contenido densamente humano y religioso-sacerdotal, dentro de la Congregación Salesiana.

Quebrantada su salud física, a pesar de su fuerte fibra natural, por una caída al salir de su habitación cuando bajaba a la oración comunitaria a finales de noviembre, le hemos tenido postrado en cama tres largos meses. La reducción de una fractura subcapital de fémur resultó positiva y, a pesar de sus ochenta y cinco años de edad, había iniciado sus ejercicios de recuperación, entre la paciencia de unos, la expectativa de otros y cierta dosis de optimismo por parte suya.

El buen humor y la aceptación cristiana de su situación dolorosa le llevaron a verse rodeado de las atenciones de los hermanos de la Comunidad, quienes no regatearon su presencia desinteresada, pródiga en cuidados y atenciones, a pesar del apretado peso de las jornadas escolares. Primero en la clínica y después en nuestra residencia del Centro la fraternidad religiosa de todos se manifestó generosa y espontánea como traducción transparente de un vivir claramente evangélico...

D. Antonio supo captarlo desde el primer momento y su fina sensibilidad humana le llevó primero a recriminarse a sí mismo y después mostrar su agradecimiento con actitud delicada y sencilla...

Y cuando ya apuntaba alguna débil esperanza de poder defendérse por sí mismo, un estremecedor y rápido infarto de miocardio fue el golpe de llamada definitiva por parte de Dios nuestro Padre. El domingo día 22, a las doce horas y quince minutos, hizo su último esfuerzo para sumir la Eucaristía que espontáneamente exigió recitando el «Yo pecador»... El Amigo con mayúscula, como él llamaba a Jesús y que le había visitado todos los días, también llegó en forma de Viático oportuno y como último alimento que tomaba en la tierra.

La presencia de todos los hermanos de la Comunidad con los esfuerzos rapidísimos del doctor Flores, A.A. para devolverle la vida en sus últimos aientos constituyeron el «hasta luego» cristiano que supone la partida al hogar definitivo de la Familia de Dios.

Desde aquí va nuestro agradecimiento cordial y sincero a los amigos incondicionales de la Congregación que volcaron su dedicación profesional atentamente dirigidos por el doctor Gil Mariscal A.A. y paisano de nuestro querido D. Antonio Vega.

En este año centenario primero de la venida de los Salesianos a España la Congregación, a través de sus competentes antiguos alumnos, está recibiendo un «gracias» cariñoso, hecho desinterés y dedicación como respuesta a la formación integral recibida por parte de la misma...

Muchos han sido los Antiguos Alumnos que recuerdan a sus antiguos profesores, entre ellos a D. Antonio. Hacia su persona el agradecimiento ha sido abundante, ya que su ejecutoria y andadura humanas fueron siempre una lección silenciosa pero claramente inteligible. Supo acertadamente asumir todo el programa evangélico que encierra el Carisma Salesiano y darlo hecho vida a la humanidad necesitada con la que se encontró. Entre los sencillos

y los pobres gastó sus jornadas terrestres. He aquí los rasgos más sobresalientes de su vida que así lo atestiguan.

Nació D. Antonio en Arcos de la Frontera a finales del siglo pasado. Fue hijo de un hogar sencillo adornado de recias virtudes cristianas como recia es la roca sobre la que se asienta este pintoresco pueblo de la provincia de Cádiz. Estos valores pronto aparecieron en su fuerte contextura física y espiritual, hasta tal punto que la vocación salesiana encajó perfectamente en su esquema mental de vida. Y así, se sintió capaz de encarnar el Carisma Salesiano realizando en San José del Valle su primera Consagración Religiosa en vísperas de la también primera guerra europea.

Intensifica su formación humano-religiosa para verter luego sus jóvenes y primeros esfuerzos salesianos en Córdoba, Cádiz y Utrera. El campo de la enseñanza con la presencia activa salesiana lo centra fundamentalmente en los internados donde da señales claras del espíritu de seriedad y rectitud que avalarían siempre su personalidad. Ya sacerdote en 1930, los diez primeros años de su ministerio los llena congregacionalmente en los colegios de Alcalá de Guadaira, San José del Valle (Noviciado y Filosofado) y Cádiz. La enseñanza de las Matemáticas con la Música son su dedicación favorita, siendo al mismo tiempo cauce en los que vuelca su consagración religiosa.

Su auténtico celo sacerdotal, dado su empuje e inquietud, impulsa a los superiores a hacerlo responsable durante cuatro años de la Parroquia de Santa María de la bella ciudad de Ronda (Málaga), en la que la Congregación volcó siempre buena dosis de energía salesiana... Alcalá de Guadaira, de nuevo, Morón y Sevilla, Santísima Trinidad a partir del año 1944 hasta la fecha de su muerte le tienen como profesor competente y sobre todo como acreditado y certero guía en el Sacramento de la Reconciliación.

El salto en el tiempo de estos treinta y siete últimos años lo hemos dado en el estrecho espacio de un par de renglones. Pero sería incalculable el espacio necesario, si tuviéramos que transcribir no muy extensamente, la historia, hecho sigilo sacramental, de incontables personas que encontraron el Perdón de Dios, el equilibrio y la serenidad sicológicos, así como las orientaciones cabales para transformar sus vidas. Las horas empleadas en hacer cuajar la misericordia de Dios en las generosas absoluciones de D. Antonio, han sido los infinitos peldaños de su ascensión personal hacia el Padre. Los efectos reconciliadores han sido múltiples y tan sólo están anotados más allá de las estrellas. Sólo la Iglesia triunfante conoce estos densos capítulos.

Cuando su ayuda material a la Comunidad no podía realizarla en la magnitud de sus deseos comunicaba con acertada orientación pastoral: «Mi aportación Sacerdotal a la Congregación y a la Iglesia son las absoluciones que imparto y los Misterios del Rosario que esperan a mis penitentes antes de acercarse y les acompañan luego para que respondan, según el querer de Dios, a los esfuerzos rendidores de Jesucristo.»

Tres son los valores espirituales que D. Antonio Vega encarnó de una

forma especial y que son como la andadura inconfundible de su figura humana-crística y religioso-salesiana: Agradecimiento, pobreza evangélica y afecto entrañable a la Congregación.

Su acción de gracias era actitud continua en él, tanto en dirección vertical hacia Dios, como horizontal hacia los hombres. Supo descubrir siempre el gesto amigo de apoyo así de los propios como de cualquier prójimo que le prestara el menor de los servicios. La delicadeza, hecha expresión agradable dentro del marco austero y serio de su persona, era justo contrapunto que venía a manifestar la nobleza de espíritu heredada de sus antepasados...

Bastan para probarlo unas simples referencias de su habitual «gracias», tomadas de las manifestaciones personales de quienes en los últimos meses de vida le atendimos cordial y fraternalmente; son de salesianos y seglares: «No merezco tantas atenciones.» «Nunca pude esperar tuviérais conmigo estas preocupaciones y deferencias...» «No sé cómo pagar esas horas, minutos y segundos que tanto me ayudan a descubrir a un Dios tan cercano y tan humano...»

Las lágrimas fueron en muchas ocasiones la más clara rúbrica a sus sentimientos transparentes y que le fueron moldeando para recibir con serenidad la primera sonrisa del mismo rostro de Dios.

Desde los primeros meses de su consagración religiosa se dejó coger por la pobreza evangélica; este valor que el mismo Jesucristo señala en la primera Bienaventuranza como condición indispensable para ser ciudadano del Reino de los Cielos. No sólo de adustez adornaba su casi esbelta figura humana, sino su espíritu supo asumir aquellas exigencias racionales que el vínculo de la pobreza religiosa pide como signo sensible de la propia consagración.

Quienes le conocieron y le conocimos más de cerca descubrimos que lo «superfluo» en él y en su vida íntima nunca tuvo ocasión de aparecer. Su espontánea generosidad le ayudó a tallar acertadamente su corazón de religioso pobre. Su habitación y enseres personales así lo atestiguan.

El afecto y el cariño a la Congregación fue igualmente uno de los rasgos más seguros y sobresalientes de su perfil salesiano. Supo descubrir y asimilar el Carisma Salesiano según el manantial auténtico del que bebió en sus ya lejanos años de formación...

La evolución natural y la riqueza de la salesianidad, manifestadas como contenido en el espíritu de D. Bosco en los años siguientes al Vaticano II y en los últimos Capítulos Generales de la Congregación, dejaron impacto en su persona. Los esfuerzos para no quedarse desfasado le inquietaron siempre, dentro de la flexibilidad propia de sus años.

El respeto, la deferencia y el afecto hacia los hermanos en la Congregación, máxime hacia los que encarnaban por obediencia algún puesto de mayor responsabilidad, eran en él un continuo gesto al que delicada y generosamente amoldaba sus comportamientos y decisiones. No dudaba en arriesgar, ceder

y perder religiosamente los propios juicios, actitudes e incluso sentimientos, apeñas sospechaba que la voluntad de Dios apuntaba a través de las indicaciones de los otros... Su amnesia final le habrá purificado en los últimos meses de su vida de todas aquellas pequeñas sombras en la que como humano pudo incurrir.

La inquietud por ser útil a la Congregación hasta los últimos momentos son el mejor exponente de la entrega generosa y desinteresada de su existencia a Dios a través de D. Bosco.

Ante la desaparición de este segundo hermano, en el curso actual, perteneciente a esta Comunidad del Centro de F. P. «Stma. Trinidad», presumimos con planteamiento evangélico que esta doble siembra de «granos de trigo maduros», D. Francisco y D. Antonio, son preanuncio de buena cosecha vocacional en este año Centenario.

Los acontecimientos conmemorativos del mismo se ven respaldados por esta tela dolorosa, al mismo tiempo que nos replantean nuevas exigencias a nivel personal y de Congregación. Esta, en su parcela sur de España, necesita evangelizadores en cantidad y sobre todo en calidad según la coyuntura actual de la Región.

Os rogamos por tanto, hermanos, nos apoyéis ante el Señor, para que así lo haga también desde el Paraíso D. Antonio Vega. Atentamente agradecemos vuestra fraterna colaboración y os saludamos con afecto.

LA COMUNIDAD SALESIANA DE F. P. «STMA. TRINIDAD»

Datos para el Necrologio

Sac. ANTONIO VEGA GOMEZ. Nació en Arcos de la Frontera (Cádiz) el 5 de febrero de 1896. Falleció en Sevilla, el 22 de marzo de 1981, a los 85 años de edad, 66 de Profesión Religiosa y 50 de Sacerdote.

